

1844: Francisco Solano López lee los manuscritos de un tal Karl Marx. En ese mismo año, el mariscal, su amante irlandesa –madame Lynch– y el tal Karl Marx se encuentran en Londres, en diciembre. Frío: comparten una cena en la que comen sopa de gallina y en algún momento de ese ritual, Marx la mira a Elizabeth y le dice: usted, que tendrá hijos paraguayos, debe saberlo: el futuro de América Latina será socialista. López, que era medio sansimoniano, se irrita frente a ese desplante de Marx y éste, palmeándolo, le dice: -No se me preocupe, mi mariscal. Después de todo, ¿qué puede ser peor que Stroessner?

Esta anécdota pertenece a *El invierno de Gunter* (1987) de Marcos. Texto que entrama un clima enrarecido. Y no porque narre el horror del stonato, sino por cómo lo narra: no se concentra en la narración del horror, sino que la disimula en el medio de una historia de amor entre dos mujeres jóvenes. Estamos en Corrientes, en el año de la guerra de Malvinas. Y ésta prefigura la caída de la dictadura en la Argentina, pero también la fase descendiente del stonato, si consideramos que la fase de consolidación de este *régimen político* (Soler 2011) se dio con la elección que llevó a Strossner a su cuarto mandato (1968-1973).

Desde la perspectiva que nos otorga una fecha como 1844, podríamos sostener que el Arte “nos prefigura y nos provee una anticipación de las posibles cosmovisiones y experiencias que los hombres van desplegando a lo largo de la historia” (Bagnato 2012). Desde una fecha como 1844, paradójicamente, podríamos hablar –para referirnos al stonato desde la literatura– menos de *deseo del futuro* que de *memoria del futuro*. Paradójicamente porque si la memoria hace pie en el pasado, y en ese hacer pie le disputa el pasado a la historia, el deseo se vincula con lo proyectivo: el futuro. Hacer *memoria del futuro*, desde el encuentro de Marx y López, pero aquí se trata es hacer *memoria: del stonato*. Y pretendo hacerla barajando tres narrativas: la de Marcos, *Insurgencias del recuerdo* (2009) de Bogado y un corto de Encina, *Viento sur* (2012).

## DISPOSITIVO RECORDAR

Dichas narrativas hacen la cuenta con un recuerdo de tipo traumático y reelaboran la memoria del stonato desde los mismos sectores. Tramitan lo que es posible calificar, quizá, de visión de la insurgencia. Orientan sus relatos desde sectores insurgentes-populares. Recuperan la voz de cuerpos que llevan inscrita en el cuerpo la violencia política: que padecieron la tortura, pero lo que es peor: el olvido. Describen y articulan un dispositivo para recordar por medio de personajes que siguen haciendo –tal como en un pasado próximo se hizo en (la) realidad– la “historia de los débiles”. Reelaboran la memoria de los que lucharon a muerte contra la muerte y que dan cuenta de un tejido compartido a través de ese dispositivo para recordar que articulan; tejido resumible a través de una serie que podría ser la siguiente (aunque cada cual puede armar la propia): personajes que condensan la experiencia de aquellos que sufrieron la orfandad, el olvido, la tortura, el destierro, la calumnia, el infierno, el castigo, la sed, la enfermedad, la ira. Lo tenebroso. Que en la sincronía fueron capaces de soñar con abolir la “estupidez” de un régimen como el stonato y que imaginaron creativamente un mundo sin tiranos. Mundo que encontramos concentrado en las palabras, escritas desde el calabozo, de la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes: Soledad Montoya Sanabria Gunter, centro nuclear que aciclona *El invierno de Gunter*:

*Hasta la geografía mudará de colores: será más verde el árbol, el pájaro más ave, los ríos más dichosos, las colinas más bellas, la mujer más espléndida. Y los hombres, más niños. Nadie recordará cómo era el olvido. [...] No habrá libros que no puedan abrirse. [...] Así juntos iremos hacia nosotros mismos. [...] La tierra será toda una inmensa mañana sin aduanas, gendarmes ni fronteras[...]. Tenaz como la vida, bastión de la esperanza, esta ansiedad de auroras nos funda y nos congrega. Invencible, libera de ausencias nuestras huellas. Y en la memoria teje despacito el futuro* (Marcos 1987: 219; la cursiva es del autor).

La memoria teje despacito el futuro, si bien está asentada sobre el pasado: *lo sido*. ¿Y por qué es necesario recordar? No recordar a secas, sino recordar el horror. Para evitar el olvido que lo

tenebroso provoca porque el olvido es una forma de protección para seguir (sobre)viviendo. De hecho, en ese gran documental-filosófico que es *Shoá* (1985) de Lanzmann, los sobrevivientes de Sobibor –un campo de exterminio de la Alemania nazi creado en 1942– que aparecen entrevistados, ni siquiera su lengua materna recuerdan y para narrar el horror a menudo recurren a una lengua adquirida.

## SHOCK

¿Por qué el hombre olvida? Por los traumas. Se olvida a sí mismo, a partes de sí mismo. Cuando ya no haya trauma, podemos suponer, ya no habrá motivo para recordar el olvido. Memoria, olvido, trauma son algunos vectores de este trabajo.

El olvido, cuando media el horror, está entroncado con traumas de tipo político, social, histórico, económico. Pero, ¿qué es un trauma? Y esto debe ser entendido menos en términos individuales que colectivos. Un producto: de una crisis o un estado de *shock* (Klein 2011). Acontece cuando la sociedad está conmocionada; pongamos, por un ataque terrorista (o presuntamente tal: el 11 de setiembre en los EE.UU.), una guerra, un tsunami o un huracán, por una cuestión política –un golpe de Estado– o por una cuestión económica –un colapso del mercado o la hiperinflación: los hechos decembrinos en la Argentina de 2001. En este sentido, ¿nos podríamos arriesgar a sostener que el stronato no puso a Paraguay en estado de *shock*?

¿Y cómo se implementó el estado de *shock* en los sectores insurgentes-populares? Sectores reelaborados por las tres narrativas que barajo aquí. El estado de *shock* ahí se entronca con la tortura. *Técnicas avanzadas de interrogación o interrogatorios coercitivos*, según los eufemismos de la CIA, cuyas primeras declinaciones consisten en la privación de los estímulos sensoriales para inducir al “sujeto” a un estado de regresión. Esto con vistas a que su mente pierda el contacto con el mundo exterior para forzarlo a introvertirse. De esto descende que es todo menos anecdótico que un sector del altílo de la ESMA se llamara “Capucha”. Dan cuenta de la privación sensorial, Calveiro en *Poder y desaparición* (1995) y Bonasso en *Recuerdos de la muerte* (1984). O las fotos de los prisioneros de guerra iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib. En una de ellas se ve a un prisionero encapuchado, con dos cables conectados en los dedos de las manos y parado sobre una caja de cartón mientras alguien mojaba el piso con una manguera. El peligro objetivo ahí era nulo, ya que los cables no estaban conectados a ningún enchufe (aparentemente). Esto dicho desde la mirada de un observador externo. Cada uno de nosotros podrá imaginar que las percepciones cambian vertiginosamente desde lo subjetivo; cada cual podrá imaginar más o menos cómo puede experienciarse esa situación desde lo subjetivo. Se trata de un caso de privación sensorial.

Tortura: apunta a destruir el adulto que está en el cuerpo del insurgente, a privarlo de su más íntima identidad. Esta “práctica” fue investigadas por Ewen Cameron, un psiquiatra escocés-norteamericano famoso por su participación en el Proyecto MKULTRA de la CIA. Sus teorías “estaban basadas en la idea de que llevar a sus pacientes a un *estado de regresión* crearía la condiciones ideales para el ‘renacimiento’ de ciudadanos impecables” (Klein 2011: 77). Estado de regresión, en este sentido, se vuelve preciso sinónimo de repautación psíquica del cerebro. O a lo *Frankenstein*: (hacer) *volver a nacer de nuevo*. Las investigaciones de Cameron desde el Departamento de Psiquiatría de la McGill University, impresas por la “editorial” de la CIA, vía la Escuela de las Américas, llegaron al Cono Sur. Aquí fueron implementadas por los aparatos represores sobre el cuerpo de las víctimas para eliminar todo lo que existía en sus “mentes subversivas”. ¿Con qué fin? Para que regresaran a un estado de “salud natural”, no contaminado por alguna “ideología peligrosa” –comunista, peronista, febrerista–, con vistas a que esos “sujetos” colaboraran, mansamente, con el verdugo. Entonces, el fin de la tortura no es tanto producir dolor en el cuerpo del otro sino eliminar la personalidad del detenido-desaparecido con vistas a que colabore: *quebrarlo*, en la jerga de los sobrevivientes. El objetivo es hacer caer a los prisioneros en un “*estado de regresión y de terror* tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses” (Klein 2011: 39).

Dicho esto, es el momento de empezar a mirar ese dispositivo para recordar articulado por las narrativas mencionadas hace pocos minutos. Y si el centro nuclear que aciclona el dispositivo es *Insurgencias del recuerdo*, su *output* es *Viento sur* y su *input*, *El invierno de Gunter*.

### INPUT

Más que *El invierno de Gunter* en su totalidad es su personaje principal: Soledad Montoya Sanabria Gunter. Sole es la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes, hija de un peluquero febrerista que murió, vive con su madre: Amapola; para ayudarla, “hace changas”, con el nombre de Malena, en el prostíbulo del brigadier y torturador centroamericano Gumersindo Larraín: allí lo castrense se cruza con lo sexual; no hay ninguna novedad en tal sentido, desde *Recuerdos de la muerte* hasta *Maniobras* de Viñas. Sole es una representante de los sectores populares y franelea – en el sentido más estricto de “franelear” y de codearse también– con dos hermanos –Verónica y Alberto–, vástagos de una de las familias más poderosas de Corrientes que ha acumulado sus riquezas a la sombra del Proceso: los Sarriá-Quiroga.

Es acusada de comunista, “tortillera” y de convertirse en yaguareté, esto es, de ejercer ilegalmente el chamanismo “con el objeto de metamorfosearse en jaguar [para no] pagar impuestos” (Marcos 1987: 158). Tres cargos por los que la meten presa en el Departamento Central de Policía, del cual vuelve bajo forma de cajón cerrado; *cerrado*: Sole es una desaparecida. Además, es tachada de “maoísta, judía, pirómana, masona, ecologista, rara, liberal y marxista, murranga y drogada, marcha atrás y sin plata, sandinista y etarra, apátrida y poeta” (ibid.: 179). Adjetivos que apilados se metamorfosean en tortura, que Soledad en uno de sus poemas define como “todos los cumpleaños que empiezo a descumplir” (ibid.: 177). La tortura ha cumplido el objetivo que nos señalaba Klein: provocar una especie de huracán mental para que el prisionero caiga en un *estado de regresión*, en un estado de terror que no le permite ni defenderse ni *pensar racionalmente*. Y Soledad no puede pensar en términos racionales; de ahí que escribe poesías de amor para su amor: Verónica. Poemas desde el calabozo en forma de papelitos escondidos en su ropa, que busca Amapola en el Departamento Central de Policía, quien se los entrega a la abuela de Verónica: Doña Ernestina. Un circuito femenino de varias generaciones para contrabandear la palabra irracional, poética, memoriosa, que recupera lo colectivo y que transforma el silencio impuesto por la tortura sobre un cuerpo insurrecto.

Lo irracional, como el misticismo, tiene que ver con la dinámica de la poesía. Lo irracional guarda con lo racional la misma relación que lo desconocido con lo conocido. ¿Y hay algo más desconocido que la tortura? A esa forma de desconocimiento Sole le sobrepone una forma del conocer que es el amor, plasmado en papelitos escondidos que custodian poemas. Toda una inflexión de resistencia a lo tenebroso: le otorga a Sole una leve dramaticidad que le permite seguir sobreviviendo. Forma de resistencia a ese horror que hasta de las palabras es capaz de privarte, además de la libertad; y la comunicación es una de sus formas íntimas. Y las palabras que se pierden se parecen al amor. La novela postula una ecuación entre una forma de la libertad, que es la posibilidad de la comunicación, y el amor. Y cuando Sole registra la falta de palabras –que además es el dispositivo a través del cual recordamos– la literatura, *subversivamente*, se alía con la subversiva supuesta y le vuelve a otorgar esa palabra perdida. “Así son estos días en que las horas gimen. Ya no tengo palabras. Solamente sílabas de dolor y silencio” (ibid.: 190). “Ya casi no me quedan memoria ni esperanzas. [...] No me queda ni voz para hablarle a mi sombra, y las palabras ásperas, difíciles, se parecen a ti. Siempre te nombran” (ibid.).

### ACICLONA LA LLAMA EN QUE ARDO

Las palabras se parecen al amor cuando ya ni quedan memoria ni esperanzas. Realidad dramática, la del Paraguay argentinizado, sólo en apariencia, y retratado por *El invierno de Gunter*. Realidad poblada de traumas y que integra un ciclo propiamente latinoamericano. Una pródiga constante en la historia del subcontinente. *Ciclo de las barbaridades*: se balancea entre puntas tan

antagónicas como agónicas: rebeldía y represión. Ciclo que influye en las modalidades y las características de la producción literaria paraguaya y latinoamericana también: “allí nos tuvieron por seis meses incomunicados. Bajo ningún cargo formal, excepto el de subversivos [...]. ¿Ves estas cicatrices? Y tengo otras que no me atrevo a mostrar a nadie” (Bogado 2009: 11), así se estrena *Insurgencias del recuerdo*. Sigue: “el militar desprendió la camisa haraposa del rebelde y [...] abrió con su cuchillo el vientre del interrogado. [...] Sáquenle la lengua ya que no la quiere usar. Pero primero vamos a ver los huevos que carga” (ibid.: 75-76). Estos pasajes se refieren al orden político autoritario del stronato que en *Insurgencias del recuerdo* se exhibe a través de un microlugar: una aldea guaireña ubicada bajo el cerro Ybytyrusu, Eugenio A. Garay (Chararâ, según la toponimia autóctona). Lugar que se construye como sinónimo de barbaridad, centro de operaciones antisubversivas y que puede considerarse como una gran metáfora del Paraguay. En cuanto a los fragmentos citados, algo más: allí se alude, y sin vueltas, a graves violaciones de derechos humanos. Violaciones que la literatura recupera y que tenían un correlato real en la realidad sociopolítica del momento. Que se llevaban a cabo de forma pública: de manera visible, frente a otro que coyunturalmente podía ocupar el espacio público; y también de manera mediata, publicitada a través de la prensa gráfica, porque la sanción *–hacerle saber a otro que la sanción existe–* tiene como función social la restauración del orden.

El stronato, al cual Bogado se refiere de manera más bien oblicua es recordado y denunciado a través de los nombres del Patricio Colmán y de su mano derecha, Irrazábal. Dos *tipos* que condensan las características de toda una corporación: con su despotismo, la corrupción, el desprecio popular, el afán de esclavizar al otro, la negación de toda práctica democrática y un consabido largo etcétera. Militares que durante el stronismo se volvieron “naturales del Paraguay”. Así una porción relevante de la población se acostumbró tanto a ellos y sus desmanes que en las grandes concentraciones tributaba públicos agradecimientos a sus verdugos. Y hasta se autodegradaba haciéndose cómplice de sus asesinos. Gracias a la milicada “la gente ha perdido el natural instinto de la libertad” (ibid.: 50). Colmán e Irrazábal, entonces: entre el 59 y el 60 instalaron en Chararâ un campamento militar y su puesto de comando para reprimir el Movimiento 14 de Mayo –una guerrilla clandestina surgida en 1958, comandada por Juan José Rotela–, que pretendía derrocar al régimen, aunque planteaba también su lucha en términos de transformación del orden. En aquella época se cometieron abusos en contra de los campesinos y los insurgentes, los disidentes políticos fueron torturados, tirados desde aviones, degollados o entregados a los chanchos. Crímenes en contra de esa gran humanidad, un *otro* considerado como peligro inminente, amenazante, a perseguir de manera paranoica. Aquí, la literatura condensa escenas de violencia extrema, donde se violan, amputan y sacrifican cuerpos; o refracta los mecanismos de humillación del adversario. Las escenas de tortura que se describen se acercan más al tormento sangriento e inexacto de la Inquisición que a las prácticas modernas y sofisticadas, popularizadas vía la Escuela de las Américas. Hay un extracto (p. 88) que condensa la descripción de unos cuerpos que de tan torturados adquieren *la forma del agua*, que es ninguna y todas, ya que el agua es flexible, se adapta y *desaparece* en el otro. Brutalidad que se desata cada vez que impera la impunidad. A esos cuerpos los bajan de un avión unos militares cuyo odio en contra del adversario tiene el ademán que opera sin anestesia, el de la desmesura –ese que indica la voluntad de convertir a la víctima en animal, en cosa, en nada–, sentimiento que va más allá del *dar la muerte al otro*.

Como los demás regímenes latinoamericanos que ensayaron el horror, si la tónica del stronato es la violencia sin tintes, el salvajismo a ultranza y si la literatura de Bogado la denuncia, ésta apunta también su foco en contra de quienes la avalaban con el silencio y la condescendencia: la población de Chararâ. De algún modo lo que estoy insinuando es que la población de Chararâ hace suyo el orden vertical propio de la institución castrense y en la sincronía sus principios internos de orden y obediencia. De este modo se hace cómplice del poder político-militar. Se desnaturaliza para convertirse en una suerte de sociedad de control, basada en la disciplina, para preservarse de ese *otro* que ella misma, junto con el poder político-militar, considera el peligro inminente. En esta articulación, ¿qué es posible leer? Que la sociedad de Chararâ (metáfora de la sociedad paraguaya) refleja y reproduce los mecanismos del poder político-militar. Mirar uno es mirar a la otra.

Constituye un microclima formado en la disciplina militar. Una microsociedad que hace visible la complicidad de la sociedad, la trama secreta de aquellos que habitan sobre un pueblo, una ciudad, un país sitiados y llenos de cadáveres. La cultura política paraguaya cristalizada por el régimen stronista –y cuyo impacto se mantendrá vigente desde las elecciones del 1 de mayo de 1989 hasta las celebradas el 20 de abril de 2008, hegemónicas por el Partido Colorado, salvo la última– tiene un “esencialismo autoritario” (Céspedes *et alii* 1988). Sería entonces útil preguntarse e investigar los procedimientos jurídicos y los dispositivos políticos que el stronato activó para privar de sus derechos y de sus prerrogativas a los insurgentes, los disidentes políticos, sin que el resto de la sociedad lo considerara un delito. Y para tratar de entender cómo el resto de la sociedad pudo resultar funcional a los intereses político-militares stronistas. Cómo pudo funcionar como una suerte de espejo habilitado para devolver una imagen paralela y complementaria del “poder desararecedor” (Calveiro 2004).

Frente a esta realidad dramática parecería que no es posible ninguna forma de evasión. Pero estas formas existen: para Sole era la poesía desde el calabozo. Algo paralelo pasa en la literatura de Bogado. Al páramo sombrío del régimen su literatura opone un espacio otro. Se trata de la naturaleza tupida del Paraguay campesino que con su cromatismo de colores contrapuntea el escenario de muerte impuesto por el stronato. Frente a la absurda negatividad del régimen, este paisaje es relatado y percibido positivamente. Escenario natural y humanizado, lugar de la serenidad, que funciona como *la negación del otro espacio*, dramático, en el que prima el sistema y la inflexión castrense. Este escenario es como un espacio de la niñez y la intimidad. Llega a nosotros por medio de una voz materna –la de una guerrillera muerta a mano de Irrazábal– que le relata una historia a su hijo: José Ignacio.

Luego de la Sole, otra mujer. Por medio del personaje de la guerrillera se está rindiendo honor y *dignidad política* a la guerrilla antistronista. Pero sobre todo a aquellos que tomaron partido por el mundo: Soledad es una de ellos. La literatura le otorga a la guerrillera y a la guerrilla y en la sincronía a Soledad un “espacio público” que les permite *seguir siendo*. Homenaje, honor, inmortalidad otorgadas a la persona, a la guerrillera, que como tal es toda la guerrilla; a Soledad, que representa a un colectivo resistente al régimen, menos insurgente que militante; sujetos, ambos, que representan colectivos mayores que se han presentado en el espacio público. Ambas son desaparecidas por crímenes de Estado, por el aparato represor, pero como el crimen no tiene nombre, el de cada víctima será restituido y *es* restituido, aquí, literariamente. Marcos y Bogado vuelven a hacer aparecer a los muertos y a los desaparecidos –en su ineludible espectralidad– en el espacio público. Cuando no se sepulta a los propios muertos estos reaparecen como espectros que agitan el recuerdo sombrío. Hacen aparecer el pasado en el presente. Con una transformación estimulante, aquí, la palabra literaria se vuelve política. *Palabra política*: que expresa la gratitud del mundo hacia la persona –la guerrillera, Soledad– que manifestando(se) ha expresado su interés por el mundo y que arriesgando su vida adquirió la dignidad de ser “nombrada”, escrita literariamente, y transformada en un ser memorable. *Inmortal*: y justamente por eso profundamente ligada al mundo humano. *Recordar*, entonces, según la literatura que reelabora la memoria de estos hechos, adquiere esta significación: criticar los panteones heredados para hurgar en el barro y la sangre sobre los que esos mismos panteones fueron erigidos. Todo esto nace de la aptitud de la memoria (de la importancia que tiene en la construcción del sentido) y de las consecuentes transformaciones que la literatura logra formular a partir de ella. Y con esa capacidad de recordar que tenemos los hombres, la literatura aspira a la durabilidad de los hechos que reelabora. Estamos frente a textos que fijan en la memoria ya no nombres concretos sino figuras imperecederas (Arendt 2003).

Como contrapunto del régimen, en el que sólo impera un ademán compartido –la esclavitud que remite a la pérdida del “natural instinto de la libertad”–, surge ese lugar compensatorio que es un modelo de serenidad: la naturaleza del Paraguay campesino. A la perversidad del stronato, máximo ademán de la mayor degradación y miseria humanas, se opone este lugar que implica también y sobre todo la activación de la palabra materna en el caso de la guerrillera y, en el de Sole, la activación de la palabra poética; formas, ambas, de resistencia al horror. Palabra materna, palabra de amor: inflexiones de lo más prístino y despojado de toda degeneración. Se encargan de ir

facilitando el alejamiento, momentáneo, del universo dictatorial, de la miseria de la tortura que apunta a destruir el adulto que está en el cuerpo del insurgente, que apunta a privarlo de su más íntima identidad, para restituirlo a un estado libre de interferencias amenazantes, a un estado no contaminado e ideológicamente no peligroso.

### **OUTPUT**

Para salir del dispositivo para recordar: *Viento sur*. El corto arranca situándonos en una ambientación popular. Se muestra una naranja, la tierra desnuda, un cuchillo sucio, un par de zapatos gruesos, un balde, el río y una franja de tierra que está más allá. Y esa franja es un símbolo de liberación, de libertad, tal como lo es la palabra poética o la palabra materna. Y a esa franja quiere cruzar Domingo con su hermano menor, Justino, porque cruzar el río quiere decir salvarse, si bien exhala “olor a muerto”. *Viento sur* cuenta, en guaraní, la historia de dos hermanos, entonces: uno que cruza el río y el otro que se queda. Y el viento norte, de agosto, es lo que debería ayudar a cruzar el río, aunque se insinúa que es traicionero. En el breve mundo relatado, el viento es traicionero, el agua sirve para escapar, pero huele a muerto y a lo lejos se escucha un temporal en el cielo que impacta en la tierra. Elementos: agua, aire, tierra: simbolizan que *esa* tierra está maldita. Domingo lo dice sin vueltas: “ya no hay suerte que esperar aquí”. Y cuando ya no hay suerte ni quedan memoria ni esperanzas, se activa el dispositivo que estamos articulando aquí.

Domingo quiere cruzar y quiere convencerlo a Justino porque el peligro que corren es que “Nos van a agarrar y nos van a torturar”. Al que Justino contesta: “Al menos van a saber que estamos muertos”. Aquí se alude al tema de la desaparición, a los vuelos de la muerte, esos que tan entroncados están con el río; experimentos desde los que no se vuelve y de doble desaparición. Justino: “Una cosa es morir en el río, y otra que se te entierren ahí”; “Si me muero, al menos que se me encuentre. Al menos que las mujeres nos puedan llorar”. Y del otro lado además puede estar la “gente de Stroessner”. El corto da cuenta del miedo al stronato desde una aparente (ya que no la confirma a ciencia cierta) insurgencia popular: las caras de Justino y de Domingo no se muestran nunca; y una de las características de la insurgencia popular es la clandestinidad, en encubrimiento de la identidad. Da cuenta también de los titubeos acerca del irse, porque puede implicar caer preso y esto el peligro de la delación por tortura. Pero irse, también, significa la promesa/esperanza de libertad, en cuyo revés de trama se inscribe el abandono de la lucha: olvidarse de *esa* lucha, traicionar la patria, la causa. Sobre estos peligros, pero máxime acerca del peligro del olvido, sobre la memoria de ese posible olvido, pivota el corto.

Sobre todo esto se sobrepresionan imágenes de niños jugando sobre el río. Y la lectura posible de las imágenes es ésta: sobre ese pasado que fue el stronato, vuelto presente porque es contado, se sobrepresiona el futuro, simbolizado por los niños, justamente: por José Ignacio, el hijo de la guerrillera de Bogado o por ese niño que Sole y Vero nunca hubieran podido tener. Y cuando juegan los niños el mundo tiene un resplandor inesperado. Niños que en la sincronía simbolizan una tierra libre: a la vera del río o sobre un botecito, ahora, se puede jugar; a la vera de ese mismo río se puede bañar a un bebé y las mujeres pueden lavar la ropa. Hoy, sobre ese río que antaño servía como vía de fuga, ese río que olía a muerto, hoy, sobre ese río, a la vera de ese río: hay vida.

### **TELÓN: APENAS INSINUADO**

¿De ese dispositivo para recordar qué descende? Que rechaza todo acto de olvido o de amnesia como reacción ante uno de los traumas nacionales paraguayos y nos propone una codificación de la memoria y su supervivencia cotidiana bajo el perfil de un relato que se espera impacte en la recreación de la sociedad, dado que si la paz del tiempo presente se apoyara en el olvido y la violencia, sería una paz (ficticia) herencia del horror. Para evitar esa herencia la paz del tiempo presente debe apoyarse *sobre una plegaria laica*: memoria, verdad y justicia. Sobre las que siempre se refracta el peligro tenebroso no sólo del olvido, sino también la sombra, igualmente tenebrosa, de la censura y las 24 amonestaciones por haber tenido la “osadía” de pronunciar el

potente “Sin memoria no hay identidad, sin identidad no hay patria y sin patria, hay colonia”. Nada menos que un Día de la Memoria frente a quien otrora tomó asiento al lado de Videla y Menéndez.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- ARENDETT, Hannah (2003), *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- BAGNATO, Laura (2012), “Los aullidos de Calibán. Poesía y literatura: instrumentos que gestan acciones de resistencia y descolonización”, mimeo.
- BOGADO, Catalo (2009), *Insurgencias del recuerdo*. Buenos Aires: El 8vo. Loco.
- CALVEIRO, Pilar (2004), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CÉSPEDES, Roberto, RIVAROLA, Domingo, SIMÓN, José Luis (1988), *Revistas Paraguaya de Sociología*, no. 78.
- ENCINA, Paz (2012), *Viento sur*. Paraguay.
- KLEIN, Naomi (2011), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- MARCOS, Juan Manuel (1987), *El invierno de Gunter*. Asunción: El Lector.
- SOLER, Lorena (2011), *Modernización, cambio social y ciencias sociales. Los oficios del sociólogo en tiempos del régimen stronista en Paraguay (1954-1989)*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, UBA.